

Si sopla dulce el ambiente
Grata tu faz se despliega,
Cual la hermosa que se entrega
A una risueña ilusión.
Cuando el relámpago estalla,
Entre sus ondas vaguea
Y se duplica y serpea
Del cielo la maldición.

Intérprete del Eterno
¿Qué oculta correspondencia
Tiene con la Omnipotencia
Tu transparente beldad?
La tierra te presta asilo,
Los vientos son tus pasiones,
Las flores tus ilusiones,
Y tu amor la soledad.

Hora que estás apacible
Y me agobia la tristeza,
Mis lágrimas de amargura
Bebe, lago de cristal.
Caerán en la hoja seca
Que se crió alegre y sencilla,
Con el agua de tu orilla
Cual con leche maternal.

SER O NO SER.

A LA MEMORIA DE MI AMIGO

ANTONIO LARRAÑAGA.

¡Ah! no me atormentéis, vivas pasiones;
No intertumpáis fantásticas mi sueño:
¡Gloria! ambición! quiméricas visiones
Que me oprimís con incesante empeño,
Adiós, adiós; la túnica flotante
Miré perder de la inefable gloria,
En la tiniebla lóbrega y constante
Que envolvió á mi despecho mi memoria.
¡Y amar la vida, y levantar el vuelo,
Y adivinar el alma otra existencia!
¡Y el fango vil del miserable suelo
Tornar misterio la inmortal creencia!
¡Seguir esclavo la mundana suerte
Para volver la vista dolorida
Al confín solitario de la vida,
Que incierto alumbra el astro de la muerte?
¡Mirar una amenaza de exterminio
Con la primera luz del primer día,
Y marcar con la hiel de la ironía
En el mundo infeliz nuestro dominio?
¡En el mundo tan vario y transitorio
Mostrar al hombre con falaz diadema
Y un cetro inútil que su mano quema,
De la impotencia símbolo irrisorio!!!
Y anatema de muerte al inocente
Que á la vida llegó bañado en llanto
Y anatema inflexible de quebranto
Al hijo amado del Señor clemente!!

Y como á la ola que embebió la arena,
 Como á la humilde flor que tostó el hielo,
 Como á la fatua luz que abortó el suelo
 ¡Dios á sus hijos á morir condena!
 ¡Y así expira el encino corpulento
 De ramaje magnífico y sombrío
 Y la invisible gota de rocío
 Que en una de sus hojas secó el viento!
 ¡Y esta es la vida, y hórridas pasiones
 Del corazón dispútanse el imperio!
 ¿Qué valen de la muerte ante el misterio
 El dolor ó las gratas ilusiones?
 ¡Llevar la mano á la abatida frente
 Por la honda duda el corazón inquieto,
 Y palpar con terror nuestro esqueleto
 Que el dolor vivo ó el placer desmiente?
 ¡Y sólo revelar miseria y nada
 El labio mudo del cadáver yerto,
 Cuando besamos su semblaute muerto
 Y estamos viendo su sonrisa helada?
 ¡Delicias! ambición! dulces amores!!
 Sueños soís, halagais un solo instante
 Como á las auras el perfume errante
 Que se exhaló del seno de las flores
 Los afectos de tierno sentimiento
 Por las prendas del alma tan queridas
 ¿Son como gotas puras desprendidas
 De nube flébil que divaga el viento?
 Yo ví brillar sublimes las estrellas
 De la alta noche en la solemne calma,
Y yo soy un mortal, clamaba mi alma,
 Ante sus luces cándidas y bellas.
 ¿Cómo el Dios del excelso firmamento,
 Que su nombre en los astros eterniza,
 Animó con su soplo la ceniza
 Para volverla la irrisión del viento?
 ¿Cómo su sol magnífico fulgura
 Signo de vida, antorcha de consuelo
 Para alumbrar el implacable duelo
 A que condena su sublime hechura?
 ¿Cómo le aclama el orbe Dios propicio
 Si al hijo de su amor omnipotente,
 Lleva á romper la pensadora frente
 Contra una tumba atroz de sacrificio?
 ¡Ah! No, sublime Dios, tú eres la vida;

Te culpa ingrata la mundana suerte;
 Tú alumbras con la antorcha de la muerte
 Esta existencia triste y dolorida.
 Es la muerte la nube tenebrosa
 Que un astro de bondad oculta al suelo,
 Pero en la tumba rásgase ese velo
 Y se vé la verdad esplendorosa.
 Fe celestial! Encanto el más risueño,
 No me abandones; amaré la vida:
 Si mi alma en la ilusión yace dormida
 ¡Ah! No me perturbéis; dulce es mi sueño!

ODA.

A MI AMIGO IGNAÇIO RODRIGUEZ GALVAD.

¿A donde estás Rodríguez? Tu renombre
Se eleva de tu lecho funerario,
Como se alza del centro del osario
Con brillo incierto la fosfórea luz.
Cruzó el mundo cual rápida centella
Que rompe las tinieblas del vacío;
Cuál blanca espuma en turbulento río
Por la vida pasó su juventud.

Cuál ráfaga de fuego que en el polo
Se extiende audaz sobre el eterno hielo,
Su genio inmenso en el ingrato suelo
Su riqueza sublime desplegó:
Y al levantarse en el desierto estéril
Se revistió de palidez sombría
Y ya al nacer luchó con la agonía
Penetrando en la vida con pavor.

Ángel bajó á la tierra, miró al mundo,
Y convulso de horror lanzó un gemido
Que resbaló en su lira, y su sonido
Un poeta á los hombres reveló.
Yo escuché de esa lira la armonía,
Y era rudo y solemne su conuento,
Como en las nubes el mugir del viento
Cuando pregoná tempestad y horror.

Era la linfa pura de ancho río,
Que rompiendo su cauce se derrama,
Y catarata tórnase y rebrama,
Y despeñada y turbulenta allí:

En el abismo agítase furiosa
Cayendo y azotándose rugiente:
Mientras el iris en su torva frente
Desplega su magnífico matiz.

Su alma de rey, sus ansias de mendigo,
Huérfano atravesó por la existencia;
Daba lumbre á sus ojos la inocencia,
El desengaño al corazón su hiel.
Allá en la soledad del desamparo
Entonaba sus cantos de amargura,
Cual ave sola que en la selva oscura
Ignorada lamenta su viudez.

Como esa flor que en medio de la noche,
Cubierta de la sombra funeraria
Exhala su perfume solitaria,
Como se entrega un alma á la oración.
Semejante á esas aguas que se filtran
Y forman subterráneos cortinajes,
Sus ideas ocultas y salvajes
Iban formando un mundo de ilusión.

Genio, genio inmortal, tu patrimonio
Es la miseria y el eterno llanto,
Y ese estúpido mundo por tu canto
Se adormece con frívolo placer.
¿Por qué la inteligencia será un crimen?
¿Por qué esos hombres de miseria y lodo
Tu renombre verán como un apodo
Y cual signo de befa tu laurel?

Sarcasmo eterno á la época infelice
En que te ví luchar con la pobreza,
En que miré abrazarse tu cabeza
Para buscar hambriento el pan servil.
¿No miraban que el eco de tu genio
Vengando tu memoria volaría,
Dándote lustre y fama ¡oh, patria mía!
A tí que lo miraste infeliz?

Pero cuán superior á esa miseria
Elevado en tu genio, tu mirada
Hizo brotar un mundo de la nada
Con la eficacia y el poder de Dios.

Allá en tu altura en medio de ilusiones
 Ilustrabas ardiente tu retiro,
 Como baña de gualda y de zafiro
 El triste espacio refulgente el sol.

Grande inmortalidad, tú que desprendes
 El alma de su cárcel miserable,
 De luz y amor raudal inagotable,
 Vida del alma, espejo del criador;
 Lámpara sacrosanta que embellece
 El lúgubre sepulcro de la vida,
 Mostrando otra mansión esclarecida
 Que es la augusta morada del Señor.

¡Ah! Rodríguez, responde ¿no sentiste
 Atravesar un lampo por tu frente,
 Y seguirlo perdido en fiebre ardiente
 Sin descansar, con devorante sed?.....
 Fué la pasión de la inefable gloria
 Que aprieta el alma, que perturba el sueño,
 Fugaz celaje que álzase risueño
 Y que deslumbra ingrato al que lo ve.

Gloria, germen que riego con mi llanto
 Al borde estéril de la tumba misma,
 Incomprensible sueño que me abisma
 Y que roe mi pecho sin cesar;
 Fuego eterno que en mi alma rebozando
 En la materia pútrida se embebe,
 Como la lava expira entre la nieve
 Que la frente corona del volcán.

Una hoja de laurel que la fecunde
 El mismo llanto de tenaces penas,
 Aunque beba su jugo de mis venas;
 Un rayo de inmortal Eterno Dios;
 Un solo pensamiento que se salve,
 Y que el olvido horrible no consuma;
 Una sola ilusión, sólo una pluma,
 Pero que diga el ave á quien cubrió.

Tú lo alcanzaste, ya vibra en tu patria
 De tu lira magnífica el contento;
 Tú le diste atractivo á tu tormento,
 Tú le diste armonía á tu dolor.

Como el ave que emigra á otras regiones
 Sagaz huyendo al riguroso hielo,
 Volaste libre al sempiterno cielo
 Abandonando un mundo de aflicción.

Tú que mis ansias férvido lloraste,
 Tú á quien me unió la inspiración de gloria,
 Tú de quien amo tanto la memoria,
 Hermano que presencias mi gemir;
 Tú que me ves sumiso venerando
 Tu ingenio colosal, tu alma de niño;
 Tú que me ves llorando de cariño
 Tu nombre entre mis versos esculpir.

Vengo á tu tumba á derramar mis flores,
 Vertiendo el alma su respeto inmenso,
 Vengo á quemarte sacrosanto incienso
 Como ante un tabernáculo de amor.
 Tú que buscaste en extranjera tierra
 Donde guardar el polvo de tus huesos,
 Y la patria más llena de embelesos
 Su bienhechora tierra te negó.

Que te lleven las ondas de esos mares
 Que extendidos é ingratos nos dividen,
 Las quejosas plegarias que despiden
 Las ya gastadas cuerdas del laúd.
 Ya que cual flor tronchada de su tallo
 Su aroma deja al inclemente suelo,
 Tu espíritu inmortal se elevó al cielo
 Cuando tocó tu cuerpo el ataúd.

Julio 22 de 1843. (*)

(*) En esta fecha hace un año falleció en la Habana á los veintiséis años de su edad.

LA AGONIA.

A MI AMIGO DOMINGO REVILLA.

Arde frente á su lecho de agonía
Que cubre transparente cortinaje,
Una bujía cuyo incierto brillo
En las revueltas sábanas resbala.

Sobre el blando almohadón que afirma el cuello
Inmóvil se realza su cabeza:
Se ve en su frente herida de tristeza,
Un rizo descuidado del cabello.

La sombra de las alas de la muerte
En sus facciones lívidas vacila,
Y sin ver; pero abierta la pupila,
Terror inspira su fijeza inerte.

Cárdena está su boca medio abierta,
Estático su busto se descubre,
Y bajo el blanco lienzo que le cubre
Giran los dedos de su mano incierta.

¿Cómo ves ora la encantada vida,
Su pompa y sus quiméricos festines,
Cuando entre nubes de oro y de jazmines
El sol de tu niñez resplandeció?
¿Cómo ves los amores, los delirios
Que inquietos hierven en la mente humana
Al pasar ese día sin mañana,
Que una lámpara fúnebre encendió?

Como hojas secas sobre suelo estéril
Ruedan hoy los recuerdos en tu mente:
Como la lluvia inútil é impotente
Miro el aire en tus labios resbalar.
Tú vez la vida como ve el marino
La muralla, la torre, el alto faro,
Al romper solitario y sin amparo
Las bravas ondas de ignorado mar

Allí estás ¡oh, mortal! estás suspenso
Entre la eternidad y lo pasado.
¿Qué no alumbra tu espíritu turbado
Del Eterno el Espíritu inmortal?
¿El alma que dió vida al pensamiento
En tu cerebro moribundo oscila
Como esa luz que al expirar vacila
Al frente de tu lecho funeral?

¿Y siempre duda, sempiterna duda
Arranca tu ilusión hoja por hoja,
Como cada aspirar de tu congoja
Te arrabata un instante de vivir?
¿Esa alma noble quédase perdida
En las paredes de la fosa yerta,
Como pétalo seco de flor muerta
Que se disuelve entre la yerba ruin?

¿Contemplar esa bóveda sublime
De refulgentes mundos tachonada
Como pompa irrisoria de la nada
De la escoria magnífico dosel?
¿Escuchar en el aura una armonía,
Percibir un misterio tras el cielo,
Y al emprender á su región el vuelo
En el pútrido fango perecer.....?

¡Ah! no, Señor, que te proclama el trueno,
Tu mirada de amor produjo el día,
Tú eres fuente de paz y de alegría
¿Para que nos reservas el dolor?
¿Por qué nos diste envuelto el pensamiento
En la nube terrible de la duda?
Por qué á la fe la dejas sin tu ayuda
En medio de este mar engañador?

¡Cuántas veces, Señor, en tus altares
Al resonar el órgano sonoro,
Al reflejarse en los blandones de oro
Robustos cirios de esplendente luz
Entre el incienso mi oración subía,
Perfume de la vida transitoria,
A pedirte que un rayo de tu gloria
A iluminar viniese mi ataúd!

Y pensé que tu Espíritu invisible
Daba voz á la mística armonía,
Y que el alma arrobada presentía
Inmortal ¡oh, Señor! mi porvenir.
Dulce alivio en los mares de mi suerte,
Adorada ilusión, freno del crimen,
Bálsamo bienhechor de los que gimen
Del valle del dolor en el confín.

¿Qué miras, taciturno moribundo?
¿A tu vida el Eterno rasgó el velo,
Y espléndida y magnífica en el cielo
Ya ves brillar la eternidad y Dios?
¿Ya miras, fatigado peregrino,
La deliciosa estancia de tu dueño,
Y pides á la tierra el postrer sueño,
Y al despertar encontrarás su amor?

Aguila aprisionada, ¿ya rompiste
Esa red frágil que te ató á la vida,
Y gimiendo al romperla en tu partida
Vas á perderte entre la luz del sol?
¿O siempre con la pena en tu agonía
Llegas al borde de la tumba helada,
Dudando hallar el seno de la nada
O las alas de arcángel del Señor?

Después difícil se escuchó su aliento,
Un color sepulcral su vista empaña,
Se escucha su estertor, de su pestaña
Forma un hilo su llanto de tormento.

Anímase su vista y reluciente
Gira en torno á su lecho descarriada,
Cual expirante luz que de repente
Levanta fugitiva llamarada.

Por fin, por fin, la vida se despierta
En la faz del rendido moribundo,
Y el gemido de ¡adiós! que lanzó al mundo,
Del sepulcro fatal le abrió la puerta.

Enero de 1844.